Meditación para Agentes

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: La Misión en el Mundo del Laico

INTRODUCCIÓN

Con motivo del centenario de la publicación de la Carta Apostólica *Maximum Illud* del Papa Benedicto XV, el Papa Francisco ha convocado un Mes Misionero Extraordinario (MME) en octubre de 2019. Con él, el Santo Padre quiere despertar la conciencia de la misión evangelizadora y retomar con nuevo impulso la responsabilidad que tiene todo bautizado de proclamar la buena noticia, el Evangelio.

Partiendo de los documentos que la Congregación para la Evangelización de los Pueblos ha publicado con motivo del Mes Misionero Extraordinario se ha elaborado este texto en el que, de forma particular, se va a incidir en la responsabilidad que tiene todo laico bautizado de difundir el mensaje de Jesús y se va a cuestionar la mejor forma de hacerlo. Todo esto desarrollado sin planteamientos teológicos elevados, que los hay, sino planteado directamente desde el sentimiento y la experiencia seglar.

ESTABLECIENDO LAS REGLAS DEL JUEGO: ¿LE CORRESPONDE AL LAICO LA TAREA DE EVANGELIZAR?

Cada vez que se trata el papel del laico en la Iglesia, ineludiblemente se acude al Concilio Vaticano II. Este concilio fue el encargado de restituir al laico, al seglar, su lugar imprescindible en la actividad de la Iglesia Católica, para que los laicos no sólo fueran objeto de la evangelización sino protagonistas y responsables de esta tarea.

> *Los fieles laicos: «Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (Lumen Gentium, 31).*

En la anterior cita llaman la atención por su indefinición tres palabras: “según su condición”. ¿Cuál es la condición particular del laico para desarrollar esa misión? Eso es lo que es necesario determinar.

El papel vital y crucial de los laicos se ha ido aclarando progresivamente desde el Concilio Vaticano II y tuvo un nuevo punto de inflexión con el Sínodo de 1987, centrado en los laicos. En 1988, como resultado de la reflexión de ese Sínodo, san Juan Pablo II publicó la Christifideles laici, donde la vocación y la misión de los laicos se describen a través de la imagen de los trabajadores que un propietario, después de acordar el salario, envía a trabajar a su viña (cf. Mt 20,1-2). *«La viña es el mundo entero (cf. Mt 13,38), que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del reino de Dios» (Christifideles laici, 1).*

Sin embargo, ya han pasado 30 años de la publicación de esa exhortación apostólica postsinodal, y el mundo y la sociedad han seguido evolucionando. Sin quitarle un ápice de validez a esa visión de la vocación de los laicos basada en el “contrato” entre un propietario y un trabajador, en los tiempos actuales que corren en los que el individualismo

predomina y este individualismo parte siempre de la premisa (no siempre cierta, o mejor dicho casi nunca) que cada individuo es libre, puede que esa descripción "mercantilista" no sea la más apropiada.

Una propuesta distinta para describir la vocación misionera del laico puede plantearse desde el corazón, sin un planteamiento teológico detallado, simplemente desde el "sentir". Cuando a cualquiera de nosotros nos ocurre algo muy bueno, algo que nos llena de alegría, todos sentimos la necesidad de contárselo y hacer partícipes a los demás, a las personas más cercanas, a la familia, a los amigos.

Aprobar un examen importante, el nacimiento de un hijo, conseguir un nuevo trabajo, que nos toque la lotería... , todos estos acontecimientos nos hacen estar deseosos de contar a todos lo que nos ha ocurrido. ¿Por qué? Por ser una buena noticia y por ser muy relevante. Y ¿qué mejor noticia y más relevante puede tener un cristiano que sentir el amor de Dios en primera persona y el conocer la Buena Noticia del Evangelio? Ninguna.

Todo creyente, laico o religioso, debe sentir la necesidad de compartir con todo el mundo su fe, porque sí, sin más planteamientos. Porque nos sale de dentro. Porque el ser humano tiene la necesidad de comunicar las cosas buenas que le pasan. Y si no nos sale de dentro es porque algo estamos haciendo mal y no estamos viviendo nuestra fe de la manera adecuada. En ese caso, quizá sería prioritario revitalizar nuestra fe y reavivar la llama del amor de Dios que habita en nosotros, antes que dedicarnos a tareas evangelizadoras que podrían ser incluso contraproducentes.

En respuesta a la pregunta inicial sobre si le corresponde al laico la tarea de evangelizar, la respuesta es un rotundo sí, salido del corazón de cada laico que ha tenido en su vida un encuentro personal con Cristo y que vive en su vida el Evangelio de Jesús.

EVANGELIZACIÓN INTELIGENTE EN UN MUNDO 2.0

Una vez aclarada la necesidad del cristiano laico de compartir su fe con todo el mundo y, por tanto, su vocación evangelizadora innata, debemos plantearnos cómo realizar esa tarea de la manera más efectiva. ¿Qué queremos conseguir? La respuesta es obvia, en palabras del Padre Claret en su Oración Apostólica: *<< ... que te conozca y te haga conocer; que te ame y te haga amar... >>*. Pero la cuestión es ¿cómo se da a conocer y cómo se da a amar a Jesucristo en la sociedad actual?

Tradicionalmente, el campo de actuación del laico en tareas evangelizadoras estaba constreñido a colaborar en su parroquia en alguna tarea que le fuera encomendada relacionada con alguna celebración o, como mucho, mediante la participación en catequesis de niños y jóvenes.

Por el contrario, en el mundo actual en el que los "likes", los "followers" y los "tweets" nos rodean, uno podría tener la tentación de pensar que el laico debe plantear la batalla de la evangelización en las redes sociales, compartiendo textos inspiradores u opiniones comprometidas con el mensaje de Cristo, y con esto ya es suficiente.

Si nos ceñimos estrictamente a cualquiera de los casos anteriores estaríamos cometiendo un error. Estaríamos confundiendo el canal de comunicación con la forma de comunicarse, y estaríamos desperdiciando una de las cualidades que identifican inequívocamente al laico, la de estar insertos en el mundo.

Todos conocemos la comunicación verbal como principal forma de comunicación en el ámbito de la evangelización, ya sea desde un púlpito, en una catequesis o mediante el texto de un libro. También conocemos otros medios de comunicación no verbal, basados en imágenes, vídeos, etc. Sin embargo, existen otras muchas formas de comunicación o habilidades comunicativas que un laico debe saber explotar en el mundo actual en función de sus posibilidades, claro está.

La escucha activa, la empatía, la validación emocional, la ayuda en la resolución de conflictos, la capacidad de negociación, el respeto, la capacidad de persuasión y la credibilidad son habilidades co-

municativas que el laico debe explotar en sus tareas de evangelización dado que, en la mayoría de las ocasiones, nuestra comunicación se hace de persona a persona o, como mucho, en un grupo reducido de personas. Esa persona o grupo reducido de personas normalmente pertenecen al mundo cercano del laico y es allí donde debe destacar su capacidad evangelizadora ya que es donde no llega ningún otro agente pastoral. Los seglares somos la primera línea evangelizadora del mundo real, en lo que en términos laicos se conoce como realidades temporales.

Pero ninguna de las habilidades comunicativas anteriores puede sustituir la principal arma evangelizadora del seglar: su forma de ser, su comportamiento, su testimonio vital. El laico debe dar testimonio de su fe mediante su vida, con imperfecciones claro está, pero debe tener claro que su testimonio de vida es su principal herramienta evangelizadora. Todo lo demás le ayudará a potenciarla.

> "La escucha activa, la empatía, la validación emocional, la ayuda en la resolución de conflictos, la capacidad de negociación, el respeto, la capacidad de persuasión y la credibilidad son habilidades comunicativas que el laico debe explotar...

EL CAMPO DE ACTUACIÓN DEL LAICO

El campo de actuación natural del laico es el mundo real en el día a día cotidiano, lo que antes hemos denominado las realidades temporales. En consecuencia, el mundo es el lugar donde los laicos viven y dan testimonio de su fe: *«Se trata de un "lugar" que viene presentado en términos dinámicos: los fieles laicos "viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida"» (Christifideles laici, 15).*

Los laicos somos personas normales que vivimos nuestras vidas en el mundo real: estudiando, trabajando, estableciendo relaciones de amistad y tejiendo redes sociales, profesionales y culturales "reales", además de las virtuales que en estos últimos tiempos están tan en boga. Precisamente en estos ambientes, es decir, en el mundo real, es donde los seglares estamos llamados a vivir nuestra fe y a dar nuestro testimonio como cristianos. Esta es nuestra misión. *«De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no solo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de "buscar el reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios"» (Christifideles laici, 15).*

Esto no significa que el laico no pueda o no deba participar en tareas de evangelización más singulares, como puede ser la participación en misiones populares o en misiones en países en desarrollo. Lo que quiere decir es que el posicionamiento del laico en la sociedad civil es único para poder participar en la evangelización del mundo real, y eso no se puede descuidar.

Ya el Papa Pío XII reconocía nuestra posición valiosísima en el mundo real: *«Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Romano Pontífice, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia» (Pío XII, Discurso a los cardenales recién creados, 20 de febrero de 1946; citado por Juan Pablo II en CL 9).*

Dentro de las realidades temporales del mundo, existen muchos posibles campos de actuación para los laicos, sobre los que debemos reflexionar y saber establecer las prioridades. A continuación, vamos a plantear alguno de ellos.

La familia

La condición de cristiano laico se adquiere con el bautismo. Como bien dice el Papa Francisco, *«Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar>>*. La entrada a la familia cristiana como hijos de Dios se hace con la condición de seglar y, a partir de ahí, cada cristiano va atendiendo a las llamadas que Dios le hace a través de su vocación.

Igualmente, desde nuestro nacimiento, estamos insertos en una familia, y nuestro desarrollo en esa familia se hace en función de varios roles que van predominando uno sobre otros en función de la

edad y de las circunstancias de cada familia: hijos, hermanos, esposos, padres, tíos, sobrinos, yernos/nueras, suegros, etc. En el caso de los laicos, nuestro desempeño en la familia desde un punto de vista creyente es vital, ya que en muchas ocasiones dependerá de nosotros que se tenga a Dios presente en esa familia en situaciones trascendentes. Nuestra visión del mundo y de la vida desde un punto de vista cristiano comprometido, ayudará a solventar o sobrellevar los problemas que la vida plantea a una familia.

Es en el seno de la familia donde muchas veces se pone a prueba nuestra condición de cristiano y se requiere que pongamos todo el amor que Dios nos da en las relaciones familiares, especialmente cuando interviene la familia política. Mucha gente se sorprende cuando se entera que una lectura que se leyó en su boda no trata de dos enamorados sino de una mujer viuda hacia su suegra. Ahí está el reto.

> *Y Ruth respondió: No me ruegues que te deje, y que me aparte de ti; porque a dondequiera que tú vayas, iré yo; y dondequiera que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. (Ruth 1, 16)*

La familia, junto con el trabajo, articulan la transfiguración del mundo. Ese cambio que hará posible que se haga presente el Reino de Dios. Este es el camino cotidiano de la gran mayoría de los laicos para cumplir su misión, siendo testigos de su fe en la caridad. Hay una relación íntima entre la misión y la familia cristiana. La familia cristiana es generada por la misión, ya que fue evangelizada un día, recibiendo el anuncio de Cristo. La exhortación apostólica *Familiaris Consortio* afirma que *«la familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su proprio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y de amor» (FC 50).*

Para que la familia cristiana sea esa estructura sobre la que articular la transformación del mundo, la estructura debe ser sólida, con unos buenos cimientos y unos pilares y vigas construidos a conciencia. Esa tarea debe ser prioritaria para los laicos. De todos es conocida la canción que cantábamos de niños basada en Mt 7,26: *"...el tonto sobre arena construía su casa..."*.

El trabajo o los estudios

Otro campo de actuación prioritario del laico es el entorno profesional, entendiéndose como tal tanto el desarrollo de una profesión como la formación que es necesaria adquirir para llegar a desarrollarla. El carácter prioritario viene porque, en muchos casos, son ambientes donde no se hace presente el mensaje de Cristo de ninguna manera, y somos los laicos comprometidos los únicos que podemos hacer presente a Dios en esos ambientes, que están alejados de las parroquias, los colegios y los centros pastorales.

El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, y se nos confiere a cada uno de nosotros, a través de ese increíble cóctel que es la herencia genética, unas cualidades y capacidades diferentes. Los laicos debemos ser conscientes que esas cualidades y capacidades que se nos han dado no son para guardarlas para nosotros, o para esconderlas y nunca utilizarlas. Al igual que se describe en la parábola de los talentos (Mateo 25:14–28), debemos cultivar, hacer crecer y poner en producción esas capacidades. Eso comienza desde las primeras etapas de formación y estudio, y no concluye nunca. Debemos poner a disposición del mundo nuestras capacidades y conocimientos, y además hacerlo con una sonrisa. ¡Que se nos note que nuestro motor, lo que nos da energía, es Jesucristo!

Cuántas veces hemos estado delante de una ventanilla sufriendo con la rigidez de la administración para ciertas cosas. En otras ocasiones nos ha llamado la atención lo bien que nos ha atendido, y con el cariño que nos ha tratado, el administrativo, el médico, el profesor, etc. Quizá la diferencia en el comportamiento esté relacionada con la vocación con la que se desempeñe un empleo o una actividad profesional. También puede que esté detrás de esta diferencia en el comportamiento la fe del profesional. Es algo que no solemos plantearnos pero que quizá influya más de lo que creemos.

La fe también debe estar detrás de todas las decisiones que se tomen en el desarrollo de una actividad profesional. La libertad, la justicia, la paz, el diálogo, la fraternidad y la unidad de la humanidad no son simples valores del Reino para defender y aplicar. Son dimensiones de una misión que construye la Iglesia-Reino como una transfiguración real del

mundo gracias a la Pascua de Jesús. El laico cristiano debe mantener la coherente entre su fe y su vida. La actividad profesional debe reflejar esa coherencia como parte significativa de su vida. Como se comentó anteriormente, la vida del laico es la mayor herramienta evangelizadora en el mundo actual, por eso el testimonio que dan los laicos cristianos en el día a día de su desarrollo profesional es de vital importancia, especialmente en los puestos que tienen cierta relevancia pública como partidos políticos, sindicatos, asociaciones, ONG's, etc.

La Parroquia o el Centro Pastoral

El tercer campo de acción del laico es la parroquia, el centro pastoral o la actividad misionera singular de cualquier tipo. El laico ha participado siempre en este tipo de actividades: catequesis de niños, de adultos, preparación de celebraciones, etc., pero habitualmente en un papel secundario. *«Aunque cada día hace menos falta, todavía viene bien recordar que la Iglesia no es una élite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios» (Carta al cardenal Marc Ouellet, 19 de marzo de 2016).* Por lo tanto, el laicado no es una condición inferior o de segundo grado. Encuentra las raíces de su ser y, por lo tanto, de su sentido, en el bautismo, como cualquier cristiano.

> "Se trata de levantar la mirada, de preocuparse evangélicamente del mundo, de salir de sí mismo para comprometerse con el mundo y con los pobres...

Hoy el papa Francisco empuja a la Iglesia hacia las periferias, en dirección a un compromiso constante para acoger, proteger, promover e integrar, con la finalidad de crear una cultura del encuentro, de la acogida y de la comunión que pueda ser una respuesta creíble a la del descarte, a la cultura de la muerte, de las migraciones discriminadas y rechazadas, de la trata de personas. Su propuesta es clara: *«Iglesia en salida - Laicado en salida»*. Se trata de levantar la mirada, de preocuparse evangélicamente del mundo, de salir de sí mismo para comprometerse con el mundo y con los pobres, de mirar *«a los más "lejanos" de nuestro mundo, a tantas familias en dificultades y necesitadas de misericordia,*

a tantos campos de apostolado aún sin explorar» (Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los laicos, Ciudad del Vaticano, 17 de junio de 2016).

Con esta llamada a la salida del papa Francisco, a muchas personas les ha quedado claro que esta tarea no es abordable únicamente por los religiosos y religiosas. Otras muchas personas lo tenían claro ya anteriormente, y por eso ya lleva muchos años trabajándose en "misión compartida". Por poner un ejemplo, para la familia claretiana *<< al hablar de "misión compartida" se expresa, ante todo, la conciencia de participación en la única misión -la de Jesús- que ha sido confiada a la Iglesia: ser signos del amor del Padre e instrumentos para que el don de la vida llegue a su plenitud en las personas y los pueblos. Desde un horizonte más amplio, expresa la conciencia de la participación en la misión que el Padre confió a la humanidad desde el inicio de la historia: cuidar la creación y construir una historia fraterna y solidaria>> (familiaclaretiana.org).*

Los laicos, por lo tanto, están llamados a estar a la vanguardia precisamente en los entornos más difíciles de alcanzar y con un compromiso de dedicación que de ninguna manera debe ser menor que el de los consagrados. No solo la Iglesia, sino también la familia humana actual, necesitan fieles laicos con una sólida formación humana y cristiana, especialmente jóvenes, hombres y mujeres, que hayan tenido un encuentro personal decisivo con Cristo. De hecho, solo el signo transfigurador que deja este encuentro personal hace que un hombre o una mujer sean capaces de «ensuciarse las manos» y «arriesgar», en palabras del papa Francisco, encontrando el coraje de seguir adelante en su misión: anunciar a Cristo con la vida y con la palabra.

LA COMUNIDAD SEGLAR COMO PUNTO DE RECARGA DEL LAICO

Para poder desarrollar su actividad evangelizadora y misionera en plenitud y que esta sea auténtica y fructífera, el laico debe tener la formación cristiana suficiente que le permita poder abordar los desafíos lanzados por el mundo actual a la luz de la fe de la Iglesia.

Otro aspecto fundamental es la necesidad de que la misión se desarrolle como fruto y como signo de comunión. Esto fue subrayado por san Juan Pablo II en la Novo Millennio Ineunte, carta apostólica con la que tenía la intención de inaugurar el tercer milenio. En ella, la «comunión» se define como *«otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, [...] que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia» (Novo millennio ineunte, 42)*. Es precisamente viviendo en el espíritu de comunión y amor –continúa san Juan Pablo II– cuando *«la Iglesia se manifiesta como "sacramento", o sea, "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano"»*.

El santo Papa polaco había entendido el papel crucial de la comunión dentro de la Iglesia y, en particular, su relevancia para garantizar la credibilidad y la eficacia del anuncio, ya fuese realizado por personas consagradas o bien por laicos o, mejor aún, por una comunidad donde ambos viven la Palabra de Dios en comunión, según sus respectivas vocaciones, en torno a la Eucaristía, fuente de unidad.

Precisamente estos dos aspectos – la formación y la comunión – son centrales en las comunidades de laicos pertenecientes a los movimientos eclesiales. A pesar de su gran variedad carismática, estos movimientos eclesiales han mostrado un fuerte compromiso bautismal misionero con los laicos, favoreciendo una adecuada formación cristiana frente a los desafíos de la sociedad contemporánea y una marcada espiritualidad de comunión.

Las comunidades de laicos, aunque no de manera exclusiva, deben ser partícipes fundamentales de las tareas evangelizadoras y de la misión compartida, ya que son estructuras dentro de la iglesia que, por una parte, pueden ayudar de una manera significativa a sostener la iglesia local y, por otra parte, son generadoras de cohesión y sinergias entre los laicos que pertenecen a ellas, confiriendo una mayor solidez a esta estructura eclesial.

En el aspecto puramente individual, aunque para un laico es posible cuidarse espiritualmente de manera individual mediante un acompañamiento personal y la participación en ejercicios o retiros espirituales, es mucho más enriquecedora la participación en una comunidad de laicos en la que se viva la dimensión comunitaria de la fe y de la vida con gran intensidad. En la comunidad seglar se puede/debe compartir vivencias profundas de fe, comunicar y formarse sobre aspectos que ocupan y preocupan a todos los laicos y tener una verdadera experiencia de fraternidad. Desde este punto de vista, la comunidad puede actuar como punto de recarga del laico frente a sus tareas evangelizadoras y misioneras. Si bien estas tareas evangelizadoras y misioneras le vienen dadas al laico desde su bautismo, el laico debe ocuparse de mantenerse lleno del amor de Dios, para poder así esparcirlo por todo el mundo. Indudablemente, esto lo debe hacer a través de la eucaristía, pero la comunidad también ayuda a acelerar el proceso por el que nos hacemos permeables a Dios y sensibles al mensaje de Jesús resucitado.

FUERON ENVIADOS DE DOS EN DOS

En este documento se ha dejado claro la necesidad/obligatoriedad de participación de los laicos cristianos en la Misión y en el anuncio del Evangelio. No solo porque es un mandato de todo bautizado sino porque todo el que ha tenido un encuentro personal con Dios está deseoso de compartir la Buena Noticia.

También se ha reflexionado sobre la forma en la que los laicos debemos participar en a evangelización en el siglo XXI, tanto en las formas como en los lugares. Debemos utilizar nuestras mejores herramientas en las tareas evangelizadoras: nuestras habilidades comunicativas en el uno contra uno y aplicarlas en las distancias cortas (familia, trabajo, centro pastoral), pero también nuestro testimonio de vida. Eso no nos cierra ninguna puerta a participar en otras tareas evangelizadoras más singulares, pero sin descuidar nuestras realidades temporales más cercanas.

Por último, se ha planteado a la comunidad de laicos como lugar de formación y comunión de los seglares, donde acudir siempre a retomar fuerzas, junto con el encuentro con Jesús en la eucaristía.

Por tanto, ya solo falta el envío, para trabajar decididamente en la evangelización y convertir al Mundo en nuestro campo de Misión.

Después llamó a los doce,
y comenzó a enviarlos de dos en dos.

(Mc 6, 7)

MISIONEROS CLARETIANOS
PROVINCIA DE FÁTIMA

ORACIÓN para COMUNIDADES Y GRUPOS LAICOS

A continuación, se hace una propuesta de oración para realizar en las comunidades de seglares una vez tratado el documento anterior.

MOTIVACIÓN

Este año el Octubre Misionero Claretiano (OCM) tiene asociado un hecho singular, la declaración por el Papa Francisco del mes de octubre como Mes Misionero Extraordinario. Su lema, "Bautizados y enviados: La Iglesia de Cristo en Misión en el Mundo" quiere recalcar la misión que tenemos encomendada todos los hijos de Dios, desde el bautismo, de hacer llegar la Buena Noticia del Evangelio a todos los rincones de la Tierra. Mediante esta oración vamos a unirnos a este Mes Misionero Extraordinario y a toda la Iglesia que celebra el mes de las misiones.

Comenzamos cantando o escuchando la canción que recoge la Oración Apostólica del Padre Claret.

CANTO: Oración apostólica del Padre Claret

Que te conozca y te haga conocer
Que te ame de tal forma que todos te quieran amar
Que mi vida sea un servicio a Ti tal que todos te quieran servir
Haz que te alabe y te haga alabar.
(Bis)

LA PALABRA

La vida de todo cristiano debe ser iluminada por la Palabra de Dios. Jesús hablaba frecuentemente a sus discípulos, y a quienes le seguían, en forma de parábola. De esta forma quería hacerles comprensibles los misterios del Reino de los Cielos. Una de las parábolas más conocidas es la Parábola del sembrador, en la que un sembrador salió a sembrar y parte de la semilla cayó en el camino y se la comieron los pájaros, otra parte cayó en un pedregal y al brotar se secó porque no tenía profundidad de tierra, otra parte cayó entre espinos y estos ahogaron los brotes y, por último, otra parte cayó en tierra buena y dio fruto, algunas semillas al ciento por uno, otras al sesenta y otras al treinta. Vamos a proclamar el Evangelio de Mateo en el que Jesús explica el significado de esta Parábola del Sembrador.

Explicación de la parábola del sembrador (Mt 13, 18-23)

Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. A todo el que oye la palabra del reino y no la entiende, el maligno viene y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es aquel en quien se sembró la semilla junto al camino. Y aquel en quien se sembró la semilla en pedregales, éste es el que oye la palabra y enseguida la recibe con gozo; pero no tiene raíz profunda en sí mismo, sino que sólo es temporal, y cuando por causa de la palabra viene la aflicción o la persecución, enseguida tropieza y cae. Y aquel en quien se sembró la semilla entre espinos, éste es el que oye la palabra, mas las preocupaciones del mundo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se queda sin fruto. Pero aquel en quien se sembró la semilla en tierra buena, éste es el que oye la palabra y la entiende, éste sí da fruto y produce, uno a ciento, otro a sesenta y otro a treinta.

REFLEXIÓN

Dejamos un pequeño momento de silencio para asimilar la Palabra y reflexionar sobre ella. Debemos plantearnos las siguientes cuestiones:

- *¿Con quién nos sentimos identificados? ¿Con los que no entienden la palabra? ¿Con los que no tienen una raíz profunda? ¿Con los que se dejan arrastrar por las preocupaciones del mundo?*
- *¿Nos hemos planteado cuanto fruto hemos dado como cristiano? ¿El ciento por uno? ¿El sesenta? ¿El treinta?*

Reflexionamos individualmente durante unos minutos sobre estas cuestiones y luego las ponemos en común en el grupo.

Por último, a la luz del texto formativo trabajado previamente, debemos preguntarnos ¿en qué campos de actuación del laico debemos profundizar? ¿Cuáles son mis habilidades comunicativas que menos utilizo y que podría aplicar a la Misión? ¿Por qué? Compartimos estas últimas cuestiones con el grupo y terminamos con la oración final.

ORACIÓN FINAL: ORACIÓN PARA EL MES MISIONERO EXTRAORDINARIO

El Papa Francisco ha escrito esta oración con motivo del Mes Misionero Extraordinario. Para finalizar este momento de oración comunitaria, recitemos todos junto esta oración pidiendo que se cumpla en nosotros todo lo en ella se pide.

Padre nuestro,
Tu Hijo Unigénito Jesucristo
resucitado de entre los muertos
encomendó a sus discípulos el mandato
de "id y haced discípulos a todas las gentes"
Tú nos recuerdas que a través de nuestro bautismo somos partícipes de la misión de la Iglesia.

Por los dones de tu Santo Espíritu, concédenos la
gracia de ser testigos del Evangelio,
valientes y tenaces, para que la misión encomendada
a la Iglesia, que aún está lejos de ser completada,
pueda encontrar manifestaciones nuevas y eficaces
que traigan vida y luz al mundo.

Ayúdanos a hacer que todos los pueblos
puedan experimentar el amor salvífico
y la misericordia de Jesucristo,
Él que es Dios y vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

Amén.